

JUSTO ARROYO

Héroes a medio tiempo



PREMIO CENTROAMERICANO DE LITERATURA
«ROGELIO SINÁN»
1997-98

HÉROES A MEDIO TIEMPO

HÉROES A MEDIO TIEMPO

Justo Arroyo

**Premio Centroamericano de Literatura
“Rogelio Sinán” 1997**

P.

863

Ar69 Arroyo, Justo

"Héroes a medio tiempo"/Justo Arroyo; illus. Mario
Calvit. -- Panamá: Universidad Tecnológica, 1998.
123p.: il. 21 cm.

Premio Centroamericano de Literatura "Rogelio Sinán" 1997.

ISBN 9962-802-02-4

1. LITERATURA PANAMEÑA- CUENTOS I. Título.

Diseño de portada: Pablo Menacho
ilustración de portada: Mario Calvit

Primera edición: diciembre de 1998
© 1998: Justo Arroyo

Derechos exclusivos de edición en Panamá:
© 1998: Universidad Tecnológica de Panamá

Impreso en Panamá por el Centro de Impresión
Educativa del Ministerio de Educación

ISBN9962-802-02-4
Depósito legal: Pan. 051-1998
Impreso en Panamá

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño y la ilustración de la carátula, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

Universidad Tecnológica de Panamá agradece al Ministerio de Educación el apoyo brindado, a través del Centro de Impresión Educativa, para la publicación de esta obra merecedora del Premio Centroamericano de Literatura “Rogelio Sinán” 1997.

FALLO DEL PREMIO CENTROAMERICANO DE LITERATURA "ROGELIO SINÁN"

1997 - 1998

El Jurado Calificador del PREMIO CENTROAMERICANO DE LITERATURA "ROGELIO SINÁN" 1997-1998, reunido en la ciudad de Panamá, a los veinte días del mes de abril de 1998, ha llegado al siguiente FALLO UNÁNIME :

1. *Otorgar el PREMIO CENTROAMERICANO DE LITERATURA "ROGELIO SINÁN" 1997 - 1998 al libro de cuentos titulado **HÉROES A MEDIO TIEMPO**, amparado por el seudónimo Sotelo. Tomamos esta decisión por considerar que esta obra sobresale por su imaginación fecunda, su unidad temática y su profundo sentido ético, además de estar narrada en una prosa impecable, madura y equilibrada.*
2. *Destacar que hubo otro libro de notables méritos que este Jurado quiere mencionar con especial recomendación. Se trata del libro **La luna en los tejados**, amparado en el seudónimo Ariosto T. Esta obra impresionó por su sentido de brevedad y por su sentido poético.*
3. *Conferir Menciones Honoríficas a los siguientes libros:*
 - a) ***Los poetas también se mueren**, seudónimo Delfín.*
 - b) ***Magdalena, el kiwi y yo**, seudónimo Lucas.*
 - c) ***Tentaciones y estropicios**, seudónimo Tláloc.*

Felicitamos a la Universidad Tecnológica de Panamá por su feliz iniciativa del "PREMIO ROGELIO SINÁN", y la instamos a seguir convocando anualmente este importante estímulo a la creación literaria regional.

El Jurado Calificador:

Mempo Giardinelli
Argentina

Raúl Leis
Panamá

Ricardo Segura
Panamá

PRÓLOGO

LOS NUEVOS CUENTOS DE JUSTO ARROYO

Por Mempo Giardinelli

*Camino infinito que va hacia el infinito y lleno de misterios y sorpresas: eso es para mí un buen cuento. Un buen libro como este, entonces, es una especie de mapa carretero: relevamiento de un país atravesado por infinitas líneas que se cruzan y forman, a manera de telaraña, el dibujo imaginario de una geografía que, sin embargo, sólo es posible conocer y apreciar andando, rondando sin cesar página a página. En el mapa de la literatura latinoamericana hay uno de esos libros: **HÉROES A MEDIO TIEMPO**, datado en Panamá el año 1998.*

No es una casualidad: su autor, Justo Arroyo, es una de las plumas (como se decía antes) de trazo más firme en la literatura panameña. Su escritura reúne todas las virtudes cardinales del mejor cuento literario según han establecido los grandes maestros del género (Horacio Quiroga, Julio Cortázar, Juan Bosch, Edmundo Valadés y también Denevi, Arreola,

Monterroso, por lo menos): brevedad, concisión, singularidad temática, tensión, intensidad.

Justo Arroyo no recurre a leyendas, mitos ni fábulas, pero las conoce y las tiene presentes. Su discurso se articula sobre estatutos genéricos ya decantados en la tradición cultural centroamericana y los recupera, los revisita, los reordena. Viene de una tradición clásica, de afianzadas lecturas, y todo lo combina con un madurado espíritu crítico, agudo sentido de la observación, conocimiento de los recovecos más profundos del alma humana. Sus tipos humanos son, me parece, lo mejor de sus cuentos. Ahí están, como prueba, la solidez de ese tenaz inquisidor de restaurante en **La Pregunta**, implacable en su interpelación y su furia; ahí está ese alcoholismo indeclinable que sobrevuela cada palabra de **Los sueños de Sepúlveda**; y sobre todo ahí está ese memorable, antológico hombre torpe de **El Reto**.

Justo Arroyo cultiva un tipo de cuento en que lo fantástico y lo experimental van de la mano, como diluidos lo uno en lo otro. Una amalgama perfecta, producto de aquella rara virtud señalada por Julio Torri consistente en el "horror por las explicaciones y amplificaciones". La escritura de Arroyo delinea trazos aparentemente simples para caminos complejos, lo que llamaríamos un estatuto ficticio originado doblemente en las lecturas del hombre

de letras y gabinete que Arroyo evidentemente es, pero a la vez en una vida intensamente vivida, como yo supongo ha sido la de este hombre magro y serio, reconcentrado y -- se le nota con sólo cambiar dos palabras con él -- todo fuego adentro, rescoldo inagotable. Hablo, pues, de un autor latinoamericano típico de estos tiempos finimilenaristas, digo un hombre de intensa literatura.

Quizá por eso me sorprenden tan gratamente en estos cuentos llenos de imaginación y experimentalismo, la contextura compacta de sus personajes. Quiero decir: esa carnadura hemingwayana de ciertos tipos, esa paradojal y borgeana prosa que desarrolla en cuentos como *Última Voluntad*, o el que da título a este libro: **HÉROES A MEDIO TIEMPO**. Y es que la sutileza es otro de los méritos de Justo Arroyo. Una sutileza innata, seguramente, pero que ha sido trabajada, pulida, enaltecida precisamente en el ejercicio de la pasión. Porque a la realidad este autor no la sueña sino que la re-sueña, la re-imagina, la re-escribe.

Libro este, que el lector tiene en sus manos, que contiene además un cuento ejemplar en el más completo de los sentidos: **¿Por qué, Vivian?**, un texto de fino humor y avance cordial pero que a la vez va clavando picas en el alma del lector porque no es otra cosa que un

*cuestionamiento feroz, brillante, inclaudicable, a la doble moralidad de nuestro tiempo. Es un cuento excepcional que habla de una concepción de la vida, de una filosofía como la que admiramos en los mejores cuentos que además son sabios y modernos. En fin, en este libro el lector encontrará esa rara, gozosa combinación que a veces nos produce la literatura cuando sabe ser alusión e ilusión al mismo tiempo; mentira encarnada en la realidad y a la vez mirada poética sobre el mundo que vivimos. El lector encontrará en **HÉROES A MEDIO TIEMPO** un entramado que mezcla virtudes: tensión e intensidad, clima y tipos, sorpresa y poesía. Su autor se llama Justo Arroyo, es un talentoso cuentista latinoamericano y yo celebro haberlo leído. Ojalá ustedes también.*

Resistencia, Chaco, 10 de julio de 1998.

"La imaginación es la facultad de descubrir en lo semejante lo único y distinto."

Octavio Paz,
*Sor Juana Inés de la Cruz o
Las Trampas de la Fe.*

LA PREGUNTA

Lo primero son sus ojos.

De pupilas tan quemantes que la primera reacción es la de apartar la vista. Pero el viejo lo sabe, y te mira hasta cuando no tienes más remedio que mirarlo también, hasta cuando el fuego de sus ojos te obliga a reconocer su existencia, que es de lo que se trata en primer lugar.

Desde antes de entrar al restaurante el viejo empieza a cazar miradas. Primero de los clientes, a su derecha, que al principio no lo toman en cuenta, entretenidos como están en sus comidas o en conversación. Luego de los cocineros, a su izquierda, que vestidos de blanco sirven y alientan apetito con buen humor, preguntando con qué quieres el lomo o el pollo o el cerdo, que si con arroz, papas o espagueti, sirviendo su porción diminuta y ostentando la estafa en cada plato, recalcando la inutilidad de toda protesta porque ya los quiero ver, yéndose hasta sus casas en medio del descomunal tranque, a ver si regresan a tiempo para el turno de la tarde.

De modo que pague caro, coma poco y aguántese: ¿Con qué quiere el lomo?

El viejo no.

Desde que aparece en la puerta los

cocineros pierden el humor, despachan tensos y cada uno ruega que no le toque atenderlo. Las ropas del viejo son humildes pero limpias, y hay algo en su forma de llevar el cuerpo, algo perturbador en tanta esbeltez que indica que está dispuesto a cualquier enfrentamiento, que, es más, lo necesita.

El viejo nota cómo los cocineros reconocen su existencia en el endurecimiento de los hombros y en su repentina falta de ritmo, en la descoordinación entre platos, cucharas y comida. El viejo entonces toma su bandeja y ocupa su puesto en la fila. Está erguido, dueño de su territorio mientras pasa la vista por el restaurante, los cocineros, el tablero con el menú y la lista de precios.

Pero nada de esto tiene importancia: lo que cuenta es que ya los cocineros han reconocido su existencia. Él, en esa fila, con su bandeja en la mano, ha dejado de ser el viejo que todos desdeñan, que se le pasa al lado como si fuera una molestia, casi reclamándole el aire que respira y el espacio que ocupa, casi invitándolo a que se muera de una buena vez y deje su lugar a los jóvenes.

A paso lento, entonces, el viejo se coloca frente a uno de los cocineros. Su mirada quema más y la orden es seca, el índice derecho apuntando al lomo. Cautivo de la mirada, el cocinero maldito se adelanta a servirle, en la mano

izquierda un plato y en la derecha una cuchara. Para entonces se hace un gran silencio en la fila, en tanto que los otros cocineros sirven aliviados.

El cocinero que atiende al viejo busca con la cuchara en la bandeja del lomo. De allí, con mucho cuidado, extrae dos telitas de lomo: una... dos.

Ni una más.

Dos: delgadas, transparentes.

Salen cien telitas por cada libra de lomo y, a cuatro dólares la libra y a cuatro dólares el plato, la ganancia del restaurante es de un millón por ciento en este bravo ejemplo de capitalismo salvaje.

Pero cuando el cocinero se adelanta a mojar las telitas en salsa, la mano le tiembla, porque está consciente de que llegó la hora.

El silencio es total. El restaurante en pleno: comensales, meseros y cajeras, responden a la quietud que llega de la fila, idos el rumor de platos y cubiertos, de conversación, de los pedidos de lomo, pollo o cerdo. Cada tenedor, cada cuchara y cada cuchillo, suspende su accionar a medida que todos dirigen la mirada en dirección al viejo y a la fila detenida.

Entonces todos reconocen la existencia del viejo y nadie puede decir que no lo ve, que es sólo una sombra a la que se le pasa al lado. Porque cuando los ojos quemantes del viejo ceden la

palabra a la voz, una voz que no tiene nada de antigua sino mucho del joven que fue y que dominaba con sólo entrar a un cuarto, aquel joven dentro de este cuerpo que hoy pretenden ignorar, la voz del viejo revienta el silencio del restaurante con la pregunta misteriosa, aquella que nadie antes de él se había atrevido a formular:

--¿Cuatro dólares por dos telitas de mierda?

El silencio sigue espesándose en lo que parece una película detenida, en todas las mesas un corte sin terminar o una mordida sin tragar o un vaso sin beber. Lo único que se mueve son los cien ojos de los clientes, que van del viejo al cocinero y del cocinero al viejo, en espera de la respuesta a la pregunta que todos se habían hecho desde la apertura del restaurante pero que, por temor o vergüenza, habían callado.

Pero el cocinero no contesta, tampoco se atreve a levantar la vista y sigue mojando en salsa las dos telitas de lomo. Entonces, en un intento por salvarse, como último recurso desesperado hacia la normalidad de su vida y la convivencia humana, el cocinero hace un esfuerzo supremo, sube la cara y mira directamente a los ojos del viejo para, ante el impacto de la mirada, dejar escapar un graznido al contestar su pregunta con otra pregunta que creyó salvadora:

--¿Con qué quiere el lomo, señor, con arroz, papa o espagueti?

Pero el viejo se ha preparado bien para cualquier táctica dilatoria, especialmente una tan infantil como ésta; y no es verdad que con la atención completa del restaurante, con el silencio que él ha provocado y con todas las miradas en su dirección, reconociendo su existencia, él va a dejar escapar el momento con este recurso patético del cocinero.

Por eso, la voz del viejo retumba invicta en cada oído, en cada mesa, en cada silla y en cada rincón del restaurante cuando exclama:

--Te hice una pregunta, maricón: ¿dos telitas de mierda por cuatro dólares?

El cocinero no puede más. Y en franca aceptación de su derrota, tira el plato con las telas de lomo sobre una mesa y huye llorando del campo de batalla. El viejo, mientras tanto, mantiene su sitio en la fila, erguido, bandeja en mano, esperando el próximo contrincante, ése que le aclare el secreto de las dos telitas de lomo por cuatro dólares, todo el respaldo del restaurante en sus hombros, los otros cocineros congelados en su sitio hasta cuando de adentro de la cocina sale corriendo el chef en persona para atenderlo.

Entonces, retomando el plato del viejo, el chef agrega una telita de lomo más.

--Y con bastante salsa en mi arroz --dice por último el viejo, mientras la fila avanza y el ritmo de platos y cubiertos, de gente que corta, mastica,

traga y conversa, vuelve a llenar el restaurante.

A partir de ese día, en el restaurante sirven tres telitas de lomo.

Y a partir de ese día, también, todos están atentos a cuando el viejo pida pollo.

LOS SUEÑOS DE SEPÚLVEDA

Acababa de levantarse cuando la vio. En realidad no se había levantado, sólo se había sentado en la cama, los pies planos sobre el piso. La cabeza le zumbaba, como de costumbre, y por un momento pensó estar todavía en otro sueño, en uno más de esos cientos de sueños que lo asaltaban noche tras noche y que lo despertaban sudoroso.

Los sueños de Sepúlveda eran como un caleidoscopio en su cerebro, unas pesadillas salidas de las mejores combinaciones de Alfred Hitchcock con Federico Fellini, en exclusiva para sus ojos atentos y apretados. Pero con el despertar venía el baño y luego el café, y los sueños se perdían en el chorro de agua y en el fondo de la taza.

Los sueños eran tan variados como tenaces, verdaderos espectáculos de luz y sonido, con su energía de tormenta eléctrica. Y una vez en ellos, era lo más natural del mundo que Sepúlveda discutiera con su madre muerta o lo volviera a fracasar su maestra de primaria o que caminara agarrado de la mano con aquella novia que lo había abandonado y que hoy era la gorda esposa de su mejor amigo.

Pero con la visión de sus pies planos sobre el suelo y con su progresiva lucidez, Sepúlveda volvía a

decirse que su exceso en la bebida no tenía nada que ver con sus sueños y que llegada la noche vaciaría otra botella.

Sólo que esta mañana, al ver la telaraña alrededor de su mano, cubriéndole casi que amorosamente los dedos y la palma y el dorso, con la perfección de un guante, se sobresaltó. Porque por ninguna parte de la cama había ni arañas ni telarañas y, con lo asustadizas que eran estas criaturas, ninguna se atrevería a hacerle un tejido mientras dormía, no a él, con lo inquieto que era, con sus movimientos y ronquidos.

Una vez, recordó Sepúlveda, había despertado de una borrachera a la visión de dos murciélagos sobre su cabeza, sosteniéndose con sus patitas de la cortina de bambú que le servía de respaldar. Los murciélagos parecían dormir profundamente pero, diciéndose que seguramente era otro de sus sueños, se restregó los ojos para abrirlos y ver a los animales todavía allí, sus cabecitas negras y brillantes sobre su propia cabeza, las patitas firmemente agarradas a la cortina.

En ese momento le vino a la mente una película en donde el protagonista era un alcohólico que se imaginaba ratones donde no existían. Y se dijo que le estaba ocurriendo igual, que le había afectado el licor y que cuando volviera a abrir los ojos sus murciélagos invertidos ya no estarían sobre él.

Pero allí seguían, colgados de sus patas, respirando en paz y seguros de que nadie interrumpiría su sueño. Sepúlveda no tenía nada en contra de los murciélagos. Al contrario, les tenía cierta simpatía, a estos seres tímidos y vilipendiados, sin ninguna culpa por ser tan feos. Pero la idea de que no uno, sino dos, hubieran pasado la noche en su recámara, directamente encima de él, le puso la piel de gallina.

Por eso, se dirigió a la cocina y, al volver, tomó impulso y les dio un escobazo en plena barriga, los murciélagos reventados cayendo sin un solo chirrido sobre su almohada. Lleno de culpa, entonces, los recogió y observó en su viaje por la taza del servicio.

Como los murciélagos, la telaraña alrededor de su mano también era real. Y si bien los murciélagos pudieron haber entrado por una ventana, habían tenido la sensatez de no meterse con él. Pero esta araña había tenido el coraje de trabajar encima de él mientras dormía, había desafiado su inquietud y sus ronquidos y había elaborado este tejido que le cubría el dorso, la palma y los dedos de la mano.

Y la imagen de la araña dibujando confiada lo hizo levantarse como resorte y meterse bajo la regadera, para que el agua se llevara el negro bordado.

A pesar de su alcoholismo, Sepúlveda no tenía problemas en el trabajo. Era tan rutinario esto de

despachar estampillas en el correo que se decía que muy pronto lo reemplazarían con una máquina. Y todos saldrían ganando: él por no seguir desperdiciando su vida soportando groserías de gente sin rostro y los clientes por no tener que aguantar su cara de aburrido cuando sacaba las de a cinco o las de a veinte, ellos pidiendo goma y él aclarando que esto era un correo, no una tienda, para escuchar como le mentaban la madre mientras él volvía a concentrarse en el televisor y el partido de fútbol.

El fútbol y el licor eran las dos grandes pasiones de Sepúlveda. En ese orden. En tercer lugar, a gran distancia, las mujeres. Podía pasarse semanas, y hasta meses, sin compañía femenina pero no podía pasarse un día sin partidos ni licor.

Y su fútbol no tenía nacionalidad ni preferencia. Podía ser de América o de Europa o de Africa. No importaba. Lo importante eran los goles, del equipo que fuera. Y cada tarde, cuando salía del trabajo, paraba en la bodega y recogía una botella. En casa, se preparaba una comida rápida, generalmente espaguettis, para entregarse al fútbol.

Entonces abría la botella; entonces valía la pena la insulsez de su trabajo, las miradas de desprecio de los clientes y las de condescendencia de sus compañeros, quienes le tiraban en cara su falta de ambición, sus quince años en el correo, siempre las mismas estampillas, siempre el mismo salario.

Pero cuando rompía el sello y giraba la tapa

de la botella, cuando llenaba el vaso con hielo y echaba el licor, cuando venía la cola y él contemplaba la oscura helada amada mezcla que le volvía agua la boca, entonces, con mano temblorosa, Sepúveda bebía hasta el fondo y se relajaba y se preparaba el segundo trago inmediatamente.

Luego, el ron y la cola lo acompañaban durante cinco horas de fútbol. Y no había banquete más exquisito, ningún encuentro sexual comparable a la delicia de ver jugar al Barcelona o al Fiorentina o a los Tigres Verdes de Nigeria. Entonces, desde la cama, bajando licor a la velocidad del juego, celebraba cada gol con gritos y levantadas de vaso que le empapaban la cama.

Al día siguiente no recordaba los últimos juegos. Tenía memoria para tres, a lo sumo. Y noche tras noche se quedaba dormido frente al televisor, el aparato encendido y el vaso sobre el pecho.

Entonces empezaban los sueños.

Esos sueños que le asaltaban el cerebro y lo paralizaban, sin poder distinguir si dormía o pensaba. Y podía empezar con el niño atropellado por el coche, el brazo colgándole, para luego el niño transformarse en el viejo que se ahogaba en su propio vómito. Y podía seguir con un sueño que empezaba engañosamente, placenteramente, con el televisor prometiendo el partido ideal entre Argentina y Brasil, para rápidamente degenerar en imágenes en que los jugadores se agarraban a patadas en batalla

campal mientras de las gradas se desprendían miles de espectadores que morían aplastados.

Su único consuelo era que, desde el momento en que ponía los pies planos sobre el piso, los sueños huían en estampida, dejándolo bañado en sudor y con el pelo pegado al cráneo. Pero con el baño y el café, Sepúlveda recomenzaba su día, que no tenía por qué variar.

La segunda vez que le ocurrió había despertado de unos sueños particularmente extraños, aun para él. Todavía tenía la taquicardia por la cantidad de disparates que había soñado: rostros que se derretían, accidentes ferroviarios con miembros humanos diseminados, masacres de campesinos latinoamericanos o huelgas de hambre de pederastas belgas, toda una secuencia de horrores ante sus párpados firmemente pegados, temiendo que, si los abría, la pesadilla se le convertiría en algo personal.

Por eso, cuando se vio el brazo derecho cubierto de la telaraña, desde el hombro hasta la mano, siguiendo cada curva de sus músculos y cada vena, cuando la telaraña pareció haber sido dibujada con paciencia y cariño, el pánico de Sepúlveda no tuvo límites.

Entonces, antes de entrar al baño, le dio vuelta a la cama, levantó el colchón y los muelles y buscó en cada rincón, en cada zapato para ver si encontraba a la culpable. Pero nada. Ni siquiera las paredes tenían huellas de bicho alguno, y si alguna araña le

estaba tejiendo mientras dormía, con la llegada del día salía del cuarto, porque aquí, ahora, estaba él solo, el corazón a punto de estallar.

Entró al baño y una vez más observó cómo se iban por el caño las hebras que el agua desprendía de su brazo.

Cuando llegó al correo no podía atender a nadie. En todo caso, era inoportuno que distrajeran su mente de algo tan trascendental como lo que le estaba ocurriendo, muy superior a las tristes noticias que llevarían esas cartas, con sus patéticos informes de enfermedades, defunciones o pedidos de dinero. Las mentadas de madre fueron más constantes que en otros días y, en varias ocasiones, la supervisora tuvo que salir a poner orden. Ni siquiera un juego del Barcelona con el Real Madrid pudo apartarlo de su visión de las telarañas, ayer en la mano, hoy en el brazo. ¿Dónde, mañana?

Esa tarde, antes de marcar su tarjeta, invitó a Josefina a su casa.

Se llamaba Josefina pero todos le decían Jose, y era la encargada de distribuir la correspondencia en las casillas. Eran dos veces al día, pero Jose hacía su trabajo tan lentamente, empujaba su carretilla con tanta dificultad, que todos estaban convencidos de que tenía el trabajo más desgraciado del universo, inferior incluso al de los aseadores. Una vez por la mañana y otra por la tarde, Jose llenaba su carrito y, ayudada con la proyección que le daban sus tobillos

hinchados y la pesadez de su cuerpo, demoraba eternidades en cruzar el pequeño espacio del correo, en colocar las cartas y los paquetes. La impresión general era la de un trabajo de esclavo, algo que sólo alguien en la última escala humana aceptaría. Pero nadie parecía tomar en cuenta que la carretilla de Jose tenía ruedas, de que bastaba un toque muy suave de sus manos para que el carrito se desplazara con su muy liviano cargamento.

Jose había logrado su propósito al transferir a su trabajo una dificultad que no tenía, porque de lo que se trataba era de que nadie se enterara de que llegaba al trabajo borracha de la noche anterior. Y su lento desplazamiento tenía una triple finalidad: que nadie aspirara a su trabajo, que la dejaran en paz, y que no se fijaran en ella mientras caminaba.

Jose y Sepúlveda se encontraban periódicamente, unidos no por ninguna atracción física ni necesidad de compañía sino por su dependencia del licor. Su entendimiento se produjo una tarde cuando, en una fiesta del correo, Sepúlveda observó cómo Jose miraba la botella frente a ella, sin atreverse a servirse, haciendo batalla entre la indignidad que significaría agarrar la botella ella misma y la angustia de tener que esperar a que alguien la atendiera. Sepúlveda, entonces, se adelantó en su silla y le preguntó si podía ofrecerle un trago. Hubo un largo silencio entre la pregunta y la respuesta, un silencio en que Jose entraba en otro

combate entre mantener su propiedad de dama o aceptar inmediatamente el trago. Por eso fue que, con la tensión, le salió un "Sí, por favor", pero quebrado, como de gallina cacareando, y en ese momento Sepúlveda se dijo que había encontrado un alma gemela.

Hacía rato que no la invitaba a su casa. Tanto que no recordaba la última vez. La mayor parte del tiempo Jose era una simple compañera de tragos. No tenía ningún interés en el fútbol pero podía mirar atentamente la pantalla, sorbiendo y sonriendo cuando Sepúlveda celebraba un gol. En ocasiones intentaban un amor que rara vez pasaba de unas cuantas torpes caricias para, entonces, él quedarse dormido mientras ella volvía al licor y a la pantalla, sin la más remota idea de lo que estaba ocurriendo enfrente.

Esa noche, Sepúlveda se había prometido no dormir, y contaba con Jose para que lo ayudara a mantenerse despierto, para ver si así sorprendía el momento en que la araña hacía su trabajo. Habían visto unos partidos en que hubo muchos goles y Sepúlveda estaba eufórico. Por eso, no midió la cantidad de licor que estaba bebiendo.

Y cuando se quedó dormido volvieron los sueños: los mutilados y los rotos y los asesinados, los torturados y los golpeados y los enterrados. Todo un espectáculo horripilante del otro lado de sus ojos firmemente apretados, pero ahora con el consuelo de

que tenía a Jose al lado, de que sus dos cuerpos serían demasiado para la araña.

Pero cuando al día siguiente se sentó en la cama sin aliento, cuando puso los pies planos sobre el piso y se agarró la cabeza, Jose se había ido.

Esta vez la telaraña le abarcaba toda la parte derecha del cuerpo, dividiéndolo simétricamente de arriba hacia abajo. La telaraña lo cubría como si fuera un animal marcado para el sacrificio, el bordado ocupando la mitad de su cabello y rostro, la mitad de su pecho y abdomen, toda la pierna y el pie.

Sepúlveda se espantó al observar que la telaraña había dividido igualmente su pene en dos mitades exactas. Y, como estaba circuncidado, la visión de su glande cubierto por el medio, en una especie de parodia de condón, le hizo pegar un grito y correr histérico al baño.

Era sábado, por lo que no tenía que trabajar. Un plan, entonces, tenía que elaborar un plan antes de que la araña lo cubriera del todo. Como primer paso la encontraría. Levantaría el colchón y voltearía la cama. Sacudiría y vaciaría y voltearía las veces que se necesitaran.

Y lo hizo: levantó y abrió y sacudió. Movié y removié y regó agua caliente por todas partes pero lo único que logró fue espantar unas cucarachas que abandonaron su casa rápidamente. Pero de arañas, nada. Ni por las paredes, ni en el baño ni en la cocina. Por lo menos en *su* casa no estaban, se dijo.

Seguro venían de afuera, sí, de alguna plaga de los vecinos, esos cochinos que no botan la basura a tiempo y apestan los pasillos. Por un momento estuvo tentado de tocar puertas y reclamar. Pero diciéndose que con eso no ganaría nada, pensó en llamar a Jose. Pero eso tampoco servía de nada: Jose bebía más que él y, cuando se quedara dormido, terminaría la botella y lo dejaría, solo con sus pesadillas.

Y con la araña.

No quedaba más remedio que mantenerse despierto, no beber licor y tomar sólo café, sorprender a la araña en su ataque para acabarla a escobazos, como había hecho con los murciélagos. Y cuando bajó a comprar la botella se dijo que no era para beberla durante los juegos sino para celebrar después, cuando hubiera aniquilado a su enemiga.

A las seis de la tarde terminó de cenar y volvió al televisor. Eso de bueno tenían los sábados, todas las cadenas pasaban fútbol. Llevaba cuatro horas de fútbol y se disponía a cuatro horas más. La diferencia sería que esta noche no bebería, haría café y se mantendría despierto hasta el amanecer o hasta cuando matara al maldito insecto que le hacía esta pasada.

A las nueve de la noche, después de un partido particularmente malo, defensivo, en donde los dos equipos se portaron como señoritas cuidando su virginidad, Sepúlveda se hizo su quinta taza de

café. Tenía los ojos como platos, los nervios de punta y, con el próximo juego, se dijo que rompería el televisor si no había goles.

Este partido fue distinto. Eran el Liverpool contra el Newcastle, y siempre podía contar con los ingleses para que dejaran el alma en la cancha. Era el fútbol que más le gustaba, con su fuerza y entrega, la pasión de estos atletas rudos. Esto, claro, sin menoscabo de la magia del fútbol suramericano, la gracia de los brasileños o la intensidad de los argentinos.

Pero a pesar de que el partido iba empatado a dos, a pesar de que había cantado ya cuatro goles, Sepúlveda sentía que le faltaba algo. Porque no era lo mismo esta felicidad en seco, distante, a la que le proporcionaba su vaso en alto, derramándosele sobre el pecho y la cama, la verdadera celebración en el chorro que saltaba de su vaso.

Pero no lo haría. No bebería y no tendría pesadillas ni le daría oportunidad a la araña para que lo envolviera como un fardo. Esta noche iba a luchar a brazo partido y mañana domingo, cuando la luz del día batiera en retirada a las pesadillas y a las arañas, llamaría a Jose y celebraría con ella abriendo la botella.

A las dos de la mañana todavía estaba viendo un partido entre los Estados Unidos y México. Era una cosa triste, con el primer tiempo empatado a cero. Estaba perdiendo la concentración, las manos

empezaban a temblarle y Sepúlveda llegó a la conclusión de que si no tenía pronto en los labios la oscura helada amada mezcla empezaría a llorar.

Y todavía diciéndose que controlaría el licor, que esta noche no tendría pesadillas y que a la mañana despertaría sin telarañas, se vio preparándose un trago de manera automática, primero el hielo, abundante, luego el ron y por último la cola. Más de la mitad del trago se le derramó por entre los dedos a causa del temblor.

Pero cuando bajó de un tirón la mezcla y respiró aliviado, cuando con pulso firme se sirvió el segundo, cuando lo levantaba nuevamente a los labios, suspendió para celebrar y mojarse y gritar, porque acababa de producirse el primer ¡gooooooooooooooooo! del partido.

Al abrir los ojos la araña lo miraba fijamente.

Estaba trepada sobre su nariz y Sepúlveda se dijo que era otro de sus estúpidos sueños, porque de otra forma la nariz le picaría con este animal peludo por su cara. Los ojos de la araña le parecieron inmensos, líquidos, de un tono de verde que no le caía del todo mal. Quiso moverse para acabar de una vez con éste el más imbécil de sus sueños pero le era imposible. Algo lo sostenía fijamente a la cama, como si lo hubieran atado, como a Gulliver. La araña, mientras tanto, había empezado a trepar y buscaba su frente y a Sepúlveda se le ocurrió que la araña le medía el cráneo, como para hallar la

respuesta a la estolidez humana. Quería gritar, pero las finas hebras se habían convertido en sogas que, con cada movimiento, lo apretaban más, como castigo por su rebeldía. La araña, mientras tanto, había terminado de inspeccionar sus oídos y empezaba a bajar por su cuello, como hastiada, como sintiendo asco por la raza humana y el tiempo que perdía en ella.

Pero a la altura del pecho, la araña dio media vuelta y subió nuevamente hasta los ojos de Sepúlveda, que ya para entonces había evacuado el vientre. La araña, mostrando en sus ojos verdes y líquidos todo su desprecio por Sepúlveda, levantó una patita. Y luego otra. Y otra y otra. Y Sepúlveda pudo sentir cómo le bañaba la cara un hilo de orines caliente.

Entonces entró en convulsiones.

Fue Jose quien lo encontró. Se había extrañado de su ausencia del trabajo todo un lunes y había llegado a su casa. Al empujar la puerta, lo vio, desnudo y acostado, un vaso de licor contra el pecho. En la televisión Brasil acababa de meterle un gol a Argentina.

Y, por la esquina del ojo, Jose vio cómo una araña saltaba de la cama de Sepúlveda.

EL PACTO

El diablo se acercó y le dijo:

Mira bien, querido, todo esto es tuyo. El edificio y el penthouse en que vives. Tu vista hasta donde no alcanza tu mirada, la bahía y los barcos. Las luces y las calles desde donde no te llega palabra ni te perturba ruido.

Todo tuyo.

Y el país:

País sensual de junglas, mares y ríos, de carnavales, desfiles y reinas.

Todo tuyo.

Pero, ¿podrás apartar un segundo tu problema y considerar qué habría sido de ti sin mí, si te hubiera dejado nacer, por ejemplo, en Etiopía? ¿O en Somalia? Con suerte hoy sólo te faltarían las piernas.

O haber nacido hutu o tutsi. Pero, olvida el tumor un segundo y agradece, porque esa alternativa es la del caminante, no la del conductor de autos deportivos.

Como tú.

Imagina: tú y tu madre, caminando, caminando, tú pegado a lo que queda de su falda y con un vacío en el estómago que ya dejó de ser hambre para convertirse en plomo que cargas en tu panza abultada mientras caminas y caminas, descalzo

y sin pantalones, tu pene bamboleándose contra tu ombligo, lo que queda de tu camisa pegado a tu piel mientras el sol te cocina el cerebro y tu madre te empuja hacia adelante, siempre hacia adelante, porque detrás de ti vienen los tutsis o los hutus, con su necesidad de matarte, a ti y a tu madre y a los miles como tú que caminan y caminan, sin rumbo fijo pero ganando espacio entre los hutus o los tutsis, porque pararse es la muerte a pedazos, porque los hutus o los tutsis no gastan balas, es el machete, que tasajea y te deja para los perros o los buitres.

Imagínate con tu panza y ojos hinchados, pero por encima del pánico el sentimiento de que todo saldrá bien porque, después de todo, vas con tu madre, ¿no? Pegado a lo que queda de su falda, agarrado a ella con toda la fuerza de tu pequeña mano y ajeno a que tu madre muestre al mundo su intimidad polvorienta.

Pero no agradeces nada. Porque tú te puedes imaginar en cualquier parte menos en sitios así. Nunca has pensado en la menor solidaridad porque, después de todo, esos negritos se lo tienen merecido, ¿no? Como los indios. Pero tú sólo te mereces lo mejor. Y únicamente te puedes imaginar en Miami, o Nueva York. A veces en París o Roma pero, de tanto copiarse a los gringos esos europeos no te dicen gran cosa.

Aunque últimamente sólo te imaginas en Houston, Texas.

Y las mujeres:

Todas tuyas.

Desde la negra como la noche hasta la blanca como la luz. Tuyas.

A distancia de tu celular. Tan objetos como tus aparatos y como ellos desechables.

Tuyas por la simple prerrogativa de tu sexo masculino macho varón.

Pero... ¿Puedes dejar el tumor un segundo y pensar qué habría sido de ti de haber nacido mujer? Tan inconcebible como haber nacido tutsi, ¿no?

Y no importa que vengas de mujer. No importa que tu padre haya sido un cretino de veinticuatro quilates y que la única con cerebro fue tu madre.

Tus juegos y tu sony y tu computadora y tu internet, tu contestadora y tu sistema de encendido por aplausos. Tu Porsche que duerme como tigre esperando la voz del amo.

Todos tuyos.

Todo lo tienes y todo lo pierdes.

Por el maldito nódulo que crece y no te deja concentrar, tus socios bromeando que de lo que se trata es que ya no aguantas las parrandas y que sería mejor sentaras cabeza, con hijos y esposa y casita en la montaña.

Pero yo estoy orgulloso de ti. Por eso estás aquí, en el piso veinte mientras que esos pobres diablos --¿por qué diablos?-- están abajo, fracasando

en su intento por sujetarte mientras tú pateas y sigues.

Abajo quedan, también, tus padres, reclamándote que no los llamas, a ellos, que lo mejor que hicieron fue desaparecer de tu vida.

Eres mi mejor obra.

La prueba viviente de que el mundo es mío. Tú representas mi éxito después de milenios de prueba y error --casi, casi, digo horror--

Pero te aburro. Porque tu concentración es sólo para el nódulo y el hospital en Houston, Texas. Y sólo ahora encuentras tiempo para ver la bahía, para apreciar el cielo por donde esperas venga el ángel que te salve, tú prometiendo dejar de ser el desgraciado que eres, no más atropellos, no más ostentación, cambiar tu Porsche por un Toyota y reconocer la existencia de la señora que limpia tus porquerías y del portero que te abre servil.

Sanar, imploras, mientras tus ojos escudriñan el horizonte por la señal, dándome la más concreta evidencia de tu perfección, porque tus lágrimas y rezos y ojos entornados son la más contundente prueba de tu bellaquería, de tu irredimible maldad.

Mañana, cuando observes con indulgencia que la mucama no lavó bien tus sábanas y que el portero no te abrió a tiempo; cuando tus subalternos se miren extrañados porque diste los buenos días y tu secretaria se asombre porque no la denigraste tocándole el trasero; mañana, cuando vayas a la

clínica y te digan que ha ocurrido un milagro, porque el nódulo desapareció; cuando al rato de entrar en tu auto te olvides de tus rezos y de todas esas pendejadas que te sacó el tumor; mañana, digo, cuando levantes el celular y dispares órdenes a diestra y siniestra y vuelvas a ser el canalla de siempre, yo estaré feliz.

Porque el mundo, *MI MUNDO*, marcha como debe.

LA LIMOSNA

Nunca había visto nada tan lindo. Primero su pelo, lacio y negro y entrando en el marco de la vidriera como una ola, luego sus ojos, llenos de chispa y humor, hasta terminar con el vestidito en harapos. Sólo entonces, de cuerpo entero y saludándome, me di cuenta de que la carita toda era un crucigrama de polvo y hollín, con días, quizá semanas, sin conocer el agua.

En ese momento yo mordía un sandwich, pero tuve que suspender ante esa combinación de belleza y miseria. Y, paralelo a mi falta de apetito, me creció un sentimiento de culpa por saberme de este lado del restaurante, tibio y cómodo, mientras que allá afuera, en el viento y el frío y sin más protección que su vestidito roto, una niña de cinco años me saludaba.

De pronto, y ya decididamente falto de apetito, entró al cuadro de la primera niña una segunda, más pequeña pero igual de graciosa, igual de sucia e igual de miserable. Las dos entonces me saludaron, ajenas al frío y a sus pies descalzos, a la comida y al restaurante, concentradas sólo en mover las manitas y sonreírme.

Y cuando estaba a punto de devolverles el saludo, desde afuera del cuadro de las niñas se proyectó un brazo de mujer que las agarró y las sacó

de mi vista. Angustiado, me paré de la mesa y salí del restaurante. Pero ya la mujer avanzaba por la acera de enfrente, una niña en cada mano, con una prisa como de quien recuerda algo urgente, alguna estufa encendida, quizá, o como si de repente lo único importante en el mundo era poner distancia con esa esquina en que pedían limosna.

Apresuré el paso detrás de la mujer, para alcanzarla y darle dinero, para que les comprara zapatos y vestidos a las niñas, para que las bañara y las tuviera acordes con su belleza y gracia. Pero la mujer se desplazaba con rapidez de fantasma, como un viento negro agitado por los dos trapos en forma de niñas. Iba descalza también, y las tres eliminaban todo sonido del pavimento, como si flotaran ingravídas.

Mis propios zapatos eran un escándalo en las calles desiertas, cada toc un insulto a las puertas y ventanas cerradas, mientras el viento y el frío parecían empujarnos, adelante, siempre adelante, pero a la mujer y a las niñas más que a mí, ellas ligeras y en silencio, yo torpe y pesado en mis botas y traje de lana.

Cuando desaparecieron detrás de una esquina, me oí el corazón hacerle competencia a mis pisadas, al pensar que las perdía para siempre. Entonces corrí y mis pasos adquirieron una urgencia delictiva, mis piernas tragando cemento para no perderlas. Y, antes de que doblaran la próxima esquina, logré

gritar: "Señora", sin la menor conciencia de mi estado, sin imaginar mi rostro azotado por el viento ni mis ropas oscuras como de criminal.

La mujer y las niñas se voltearon. Y a pesar de la distancia, pude ver la sonrisa de las niñas. Pero la mujer, tirando hacia atrás un pelo negro maravilloso, abrió unos ojos descomunamente bellos dentro de un rostro fino para concluir en una expresión de horror. Entonces, levantó a las niñas, se las colocó bajo los brazos y echó a correr como alma que ha visto al diablo.

Pero yo tenía que seguir, yo tenía que llegar donde la mujer para abrir la billetera y asegurarme de que mañana esas niñas tuvieran calzado y vestido y estarían limpias. Yo tenía que alcanzarla y decirle que su noche de limosna no había sido en vano, porque las niñas habían hablado por ella y me habían sonreído y aquí estaba el dinero que se habían ganado con su sola presencia.

Pero a medida que aumentaba el paso, la mujer se esforzaba por crecer el suyo. Sólo que, con el peso de las niñas, fue perdiendo distancia por más que tratara de confundirme a través de callejones. Y a mi tercer grito de "Señora", cuando sólo era cuestión de estirar la mano para tocarla, la mujer perdió el equilibrio y rodó por el suelo con las niñas. Ella se raspó una pierna y las niñas los brazos. Y al pararme sobre ellas, las dos niñas me volvieron a sonreír mientras la mujer me miraba con sus ojos

hermosos en pánico y abría la boca para dar inicio a uno de los aullidos más espantosos que he oído en mi vida, un aullido que le salió del estómago y retumbó en las paredes de los edificios que se iluminaron al instante.

Confundido, saqué la billetera y se la tiré encima a la mujer, empezando mi retirada. Pero muy tarde: de cada cuarto empezaron a salir hombres con bates, cuchillos y escobas quienes, con determinación, me rodearon. Yo no podía hablar. Es más, no sabía qué decir. ¿Pedir excusas? Pero, ¿de qué? ¿De querer darle dinero a una mendiga? Sólo entonces comprendí mi situación y me dije que me tenía bien merecido lo que me ocurriera.

Así pensaba cuando el primer batazo interrumpió mis ideas y me partió el brazo derecho. El que me había pegado sabía lo que hacía, porque inmediatamente el brazo sano subió para proteger al herido. Del lado izquierdo, entonces, un hombre avanzó con un cuchillo, pero el del bate no se iba a dejar quitar la gloria porque, propinándome un segundo batazo en la espalda, me tiró de frente contra la calle, para sentir cómo la sangre se me agolpaba en la boca y me asfixiaba.

Por la esquina del ojo, vi cómo el hombre del bate tomaba medida para la estocada final. Pero también, por la misma esquina del ojo, justo antes de desmayarme, vi cómo la mujer y las niñas entraban al círculo, cómo la mujer volvía a gritar y cómo las

niñas me sonreían.

El guardia sabía mi nombre. Movía la cabeza de lado a lado y golpeaba mi billetera contra la palma de su mano, como tratando de descifrar mi estupidez. Entonces, tiró la billetera sobre la cama y me dijo que me pusiera las ropas, que me podía ir. A pesar del brazo enyesado, abrí la billetera y vi mi dinero, intacto, mis tarjetas de crédito y todas esas tonterías que lo hacen a uno ser quien es.

Al terminar de vestirme, salí. En el pasillo, el guardia me esperaba con la mujer y las niñas. Las tres, entonces, me sonrieron y abrazaron.

ADIÓS, DARÍO

Darío era de baja estatura pero fuerte. Y se movía con la suficiencia de quien nunca tenía que demostrar poder. Su cuerpo era un cubo que empezaba a intimidar desde la forma misma de la cabeza, la cual, libre del estorbo del cuello, guiaba la vista hacia el pecho de barril y las piernas como troncos. Yo lo veía alejarse y lo veía venir, y daba gracias de que un hombre como Darío estuviera de mi lado.

Porque yo era todo lo contrario. Mi estatura me había afilado hacia el desgarbo y la fragilidad. Y por más que intentara proyectar un centro, como Darío, fracasaba miserablemente, todo yo como falto de espinazo, un fideño hervido incapaz de posturas firmes. Parecía estar hecho sólo de articulaciones, y al acomplejarme mi estatura, empecé a encorvarme, lo que dio origen a mi apodo de "gancho".

Ya desde los doce años le llevaba un pie de altura a Darío. Y cuando la gente le hacía notar mi armazón endeble al lado de la compacta de él, Darío sólo sonreía y decía que ya tendría tiempo para llenarme.

Pero cuando a los quince yo miraba a Darío desde mi gigantismo embarazoso, cuando era claro que para lo único que podría servir sería para jugador de básquet, nada del boxeo ni de la lucha de

él, empezó a cambiar conmigo.

Al principio con cosas pequeñas, como contestarme en monosílabos o dejar de integrarme a los partidos que veía por televisión. O como cancelar sus invitaciones al cine y, lo peor para mí, irse solo a sus contratos de carpintería, donde yo había sido su ayudante.

Yo sabía que Darío sufría con esta nueva relación, porque, después de todo, yo era su hijo, su único hijo luego de la muerte de mi hermano Juan, una réplica en miniatura de Darío que a los seis años se lanzó al río desde un puente y quedó enterrado en la arena, desnucado. La muerte de Juan fue un golpe devastador para Darío, quien buscó consuelo en mí.

Pero cuando le llevé un metro, cuando mis movimientos se hicieron inconexos, sin el menor centro ni aplomo, Darío me quitó el habla. Y por más que intenté revivir al antiguo Darío, buscándole conversación o simulando ayuda, se fue alejando del adolescente cuyas piernas de grillo no tenían nada que ver con las macizas cortas patas de elefante de él, este adolescente que sólo alcanzaba la gracia volando por los aires encestando canastas mientras Darío era dueño y señor de la tierra.

Cuando cumplí los dieciséis nos abandonó. Pero nunca lo oí discutir con mi madre ni levantar la voz. Supongo que lo habría hecho, pero Darío era un hombre tan sereno que algo así estaría fuera de su personalidad. Porque bastaba que Darío te mirara,

bastara que enfocara su presencia hacia ti para que prestaras atención y estuvieras de acuerdo con su voz pausada.

Fueron mis amigos los que me ilustraron sobre el chiste que llegamos a constituir en el vecindario:

había ido y eso era asunto de ellos y de nadie más pero en especial no era asunto mío.

Entonces mi madre pasó a ser el centro de interés del vecindario. Ella, de quien nadie se atrevía a hablar mientras Darío estuvo con nosotros, fue de repente motivo de toda clase de especulaciones. Mi madre era pequeña, bien pequeña, y si era obvio que yo no tenía nada que ver con Darío, tampoco con ella.

Y cuando Darío planteó el divorcio, cuando los vecinos recurrieron a los papelitos y a las llamadas anónimas, nos mudamos del barrio.

Paré de crecer al fin a los veinte años. Llegué a los dos metros de estatura y soy toda una estrella de básquet, tanto, que tengo ofertas de varias universidades norteamericanas para que juegue con ellas.

Cuando Darío murió mi madre y yo fuimos a su entierro, a pesar de las advertencias. Al entrar a la iglesia todos nos miraron, a mí, con mi cabeza que rozaba las lámparas y a mi madre, tan diminuta que parecía mi hija.

Pero avanzamos hacia el ataúd y lo vimos. Darío estaba delgado y parecía que le había crecido un cuello. No tenía nada de amenazador, allí, en un vestido demasiado grande y con una corbata que sólo muerto usaría. Su misma cabeza de cubo se le había alargado y cualquiera, con un poquito de imaginación, podría decir que fue mi padre.

EL RETO

Podían ser cosas pequeñas. Como quemarle las pestañas a su novia mientras le encendía el cigarrillo. Nada de qué preocuparse, después de todo, porque la culpa pudo haber sido del encendedor y su maldita llama; o de su propio nerviosismo al tener ese rostro tan bello y confiado al alcance de su mano. Pero el olor a pelo quemado era real, como real era verla con la mitad de unas pestañas que hace un segundo eran largas. Real y avergonzante, por más que disimularan.

O interrumpir una sesión de amor porque en el momento exacto en que él buscaba apartarle el pelo de la frente, la mano como que se le iba y en vez de la caricia, el pulgar que se ladea y tal vez fue porque ella se movió, pero pulgar y ojo se encuentran, ella que grita y no hay más remedio que pasar a otra cosa.

O destrozarse un vaso. Un vaso de cristal de Murano con el que lo han distinguido, para que vea no sólo la calidad de la residencia sino la alta estima en que lo tienen. Nada de vaso proletario para él. La anfitriona responde a su pedido de agua con el mejor cristal, una obra de arte que, para mayor confirmación, hace sonar con un tinnnnn de su índice aristocrático.

El agua sabe distinta también, más fresca y más pura, arrojando cada trazo de cada grabado de este vaso que ha realizado el viaje intacto desde Italia hasta esta casa en que lo singularizan porque él sabe apreciar lo fino.

Pero un segundo antes se da cuenta de lo irremediable. Como con las pestañas o el ojo de su novia, él sabe que algo anda mal, muy mal, pero hay algo en él, un segundo antes de la catástrofe, que le impide controlar el suceso. Es como si *tuviera* que quemar esa pestaña o puyar ese ojo, para liberar esta cosa que lo asfixia y debe salir.

Con el vaso le sirven una servilleta inmaculada y tiene tiempo para ver las iniciales de los dueños. La mano no le suda, pero ante la mirada ansiosa de alabanzas, empieza por sentir la claridad; luego observa cómo el vaso se le va deslizando de los dedos para, en su afán de sujetarlo, propinarle en vez un manotazo que termina de estrellarlo contra el piso. La anfitriona, mientras tanto, se retuerce las manos, reprimiendo un deseo salvaje de estrangularlo.

O la botella de whisky. Un Chivas Regal de treinta años de edad que algunos invitados se han pasado de mano en mano hasta llegar a él. Él ve la botella, llena del líquido precioso y anticipa el sabor perfecto, el mayor profesionalismo del mundo en la elaboración de licores, este whisky dentro de la botella ámbar que ilumina la estancia.

Él agarra la botella bien, y se da tiempo, como los demás, en el rito de servirse. Él también entorna los ojos en señal de apreciación, al tanto que el anfitrión se felicita internamente por esta insuperable muestra de civilización. El primer chorro de oro líquido es una música en sus oídos para, en el justo instante de completar el trago, sentir la claridad y ver cómo la botella se le va escapando, como si tuviera vida propia, sin que haya nada en la tierra o en el cielo que impida detenerla, la botella desmayándose por entre sus piernas, el líquido sagrado empapando sus zapatos y la alfombra para finalmente el envase partirse en tres.

Y él, en lugar de pensar en la angustia que está causando, se maravilla nuevamente del profesionalismo de esta marca de licores, con su mezcla armónica de contenido y continente, este sublime ejemplo del capitalismo en su mejor hora.

Julio Cuevas había sido torpe desde niño. Parecía tener dos manos izquierdas y dos pies derechos. Y, para no perder del todo la cordura, dejaba siempre un resquicio por el cual le echaba la culpa al otro, que si se hubiera movido un *po-qui-to* hacia allá o si se hubiera colocado un *tan-ti-to* para acá, las cosas habrían salido distintas.

Cada mes Julio Cuevas debía reemplazar su vajilla, su piso un eco monótono del reventar de piezas. Pero siempre las reponía, preocupándose sólo cuando salía a comprar. Entonces, sin vaso o

taza, podía aceptar que algo andaba mal. Pero eran momentos fugaces, porque con la vajilla nueva lograba su equilibrio y olvidaba su botez.

Julio Cuevas había terminado por romper la transmisión de su carro, acumulando en el proceso una larga lista de infracciones de tránsito, sobre todo por colisiones. Pero la misma rotura de transmisión y la misma serie de colisiones, las saludaba como su previsión inconsciente ante la inminencia de un accidente fatal que él, de alguna manera insondable, había evitado.

Y si entraba a un supermercado, algo lo impulsaba a buscar la pirámide de sopas enlatadas, para entonces escoger ésa, ésa y nada más que ésa, colocada en la punta, para cumplir su destino, porque en el momento en que tocaba la lata, sentía la claridad, la inminencia de la tragedia pero continuaba, porque había que realizar la profecía, la iluminación en el cerebro que le indicaba que, apenas asegurara la lata, su cuerpo se abalanzaría sobre la pirámide y los trescientos envases le caerían encima, él y las latas rodando por el pasillo, como grotesco surfedor de conservas.

Pero nadie lo hubiera dicho con sólo verlo. Julio Cuevas era alto y bien parecido. Se movía con elegancia hasta el momento en que encontraba su destino y su torpeza. Pero, una vez cumplido el desastre, se arreglaba la corbata, estiraba el cuello y proseguía su marcha, desconectándose.

Y continuaba recibiendo invitaciones. Como a esa última exposición de esculturas en cerámica, cada una un dineral. Desde que recibía la invitación, preparaba su indumentaria y adoptaba la actitud de quien tiene todo bajo control, de quien nada sofisticado le es ajeno, el aire de quien conoce sus Rodines y sus Calvits y sus Boteros.

Prueba de ello fue durante la exposición de cerámicas, en donde sostuvo su copa con *savoir faire* mientras atacaba la pretensión de Botero de exhibir sus gordas en las calles de París, vamos, hay proporciones, ¿no?, los demás encantados con este hombre de mundo con la ropa y ademanes perfectos, debatiendo sobre arte con la misma naturalidad como ellos se acababan de bajar los pantalones en el servicio.

Julio Cuevas sabía que se acercaba demasiado a una escultura. Cuando llegó a la galería, se paseó por entre las esculturas con aplomo, mirándolas de cerca, la copa en la mano, el cuerpo inclinado y la ceja arqueada, aprobando y desaprobando. Entonces escogió una esquina para presidir, sabiendo que a un pie de distancia de su hombro estaba la mejor escultura de la exposición, una que casi le puyaba la espalda con su índice extendido y que, de romperla, significaría su salario de los próximos diez años.

Pero Julio Cuevas habla y se acerca a la escultura. Siente, sin mirar atrás, el brazo levantado

de la escultura con su índice de complicidad esperando que él haga el movimiento justo para volar por los aires y estrellar todo ese concepto, todo ese planeamiento, todo ese moldeado y horneado y pintura que tanto esfuerzo había costado.

Pero Julio Cuevas habla y se aproxima, su charla elegante y su copa y su mano inclinada. Hasta cuando la claridad le dice que llegó el momento y que no se debe voltear, para voltearse con ganas y sentir la dicha de su hombro empujando la escultura, para dar inicio a la pulverización de lo que hasta hace un segundo era la concreción de un sueño, la creación de un artista que ahora observa petrificado cómo su obra se balancea un instante para, al fin, tomar el camino de la libertad y el espacio y el suelo y el estruendo y el silencio.

Julio Cuevas, entonces, exhibe su sonrisa de la Mona Lisa cuando Da Vinci le dio permiso para ir al baño.

Con el golpe, artista y gallerista intercambian miradas de espanto, mientras los asistentes dan un paso atrás, alejándose del culpable y los fragmentos, como si cada trozo de cerámica fuera un salpique de mierda de esta última cagada de Julio Cuevas. Pero, cumplido su destino, Julio Cuevas estira el cuello y sonríe. Entonces, todos regresan donde él, porque están convencidos de que nadie, nunca, exhibirá tal temple ante la adversidad.

El primer psicoanalista le dijo que tenía un

deseo de destrucción por haberse enamorado de su madre desde niño. Todos sus percances --le dijo, reclinándose en la silla, las manos cruzadas en el pecho --, eran una forma de expiación, su manera de descargar este pecado monstruoso que llevaba encima.

Cuando este primer sicoanalista terminaba su diagnóstico, Julio Cuevas le daba la última chupada a su cigarrillo y se adelantaba a apagarlo en el cenicero. Pero, un segundo antes, la mano se le desvió, y en vez del cenicero fue el cuero del escritorio que recibió la lumbre. El sicoanalista levantó las cejas al ver cómo tomaba forma un hueco en su cuero colombiano, amarillo, mientras Julio Cuevas presionaba y presionaba hasta extinguir la última candela. Sólo entonces tomó la colilla apagada y la colocó en el cenicero. Y el sicoanalista, parándose y gritándole que le importaba una mierda con que estuviera enamorado de su madre o de su abuela, lo agarró por el cuello y lo sacó del consultorio.

El segundo sicoanalista le comunicó que tenía un problema de locomoción producto de un desequilibrio mental por haberse enamorado de su madre desde niño. Esta vez Julio Cuevas no fumaba. Escuchaba pacíficamente el diagnóstico desde su silla, una pierna cruzada. Pero, al levantarse para despedirse, al irle a chocar la mano al sicoanalista, le agarró sólo el pulgar, que dobló con toda la fuerza de

su equivocación enérgica. El sicoanalista no pudo aguantar las lágrimas cuando el pulgar hizo crack en la mano de Julio Cuevas.

El tercer sicoanalista le aseguró que todos sus problemas se resolverían cuando encontrara a una mujer totalmente diferente a su madre, de la cual estaba enamorado desde niño.

Esta vez Julio Cuevas intentó una tímida defensa desde su silla, diciendo que le costaba pensar que estuviera enamorado de su madre desde niño porque él había sido el sexto y último hijo de un matrimonio que había empezado tarde; que nunca había conocido a su madre ni joven ni delgada ni mucho menos bonita. Al contrario, su madre era una señora gorda y desaliñada que siempre culpó a sus hijos y a su marido por todas sus desgracias. Ella no era una mujer, le dijo al sicoanalista, ella era su madre, la que le ponía comida en la mesa y se arrellanaba frente al televisor. Mujeres eran las que desde las páginas de *Playboy* lo acompañaban al baño.

Pero, precisamente --le rebatió este sicoanalista, caminando por la sala, una mano en la cintura--. ¿No lo capta? Usted, señor Cuevas, quiere *poseer* a esa madre indiferente, usted quiere *dominarla* y transformarla en un ser sumiso. Usted, señor Cuevas, en el fondo, tan el fondo que su represión le lleva a reventar cosas, quiere *hacerle el amor* a esa señora, y tamaño sentimiento de culpa es

el causante de su tragedia.

Sin embargo --volvió a defenderse Julio Cuevas--, él funcionaba bien en su empleo. Es más, era un excelente programador de computadoras. Allí, frente a su PC, concentrado en sus diagramas y dibujos, era de una eficiencia absoluta. Este Julio Cuevas que se comunicaba con su pantalla durante horas --le dijo-- no tenía nada que ver con el Julio Cuevas que empezaba a romper cosas apenas dejaba su mesa de trabajo.

Y su novia era todo lo contrario a su madre --continuó--. Una chica delgada y bonita que lo trataba como algo especial, que no le importaba que le quemara las pestañas y le vaciara un ojo con tal de que fuera fiel.

Pero el sicoanalista, suspendiendo su paseo, se paró frente a Julio Cuevas y le conminó a mirar bien a su novia, porque seguramente, *se-gu-ra-men-te*, debajo de esa delgadez y bonitura latía una mujer idéntica a su madre. Y en cuanto a su eficiencia laboral --continuó--, no debía engañarse tampoco. Su afinidad con las computadoras era un escape, una forma de evitar su problema, que seguiría allí mientras estuviera enamorado de su madre. La respuesta --le dijo el sicoanalista a manera de conclusión, la mano en la cintura, la vista fija en Julio Cuevas--, estaba en una mujer totalmente distinta a su madre. O tal vez... ¿en un hombre?

Julio Cuevas se levantó y miró al sicoanalista.

Desde su metro noventa, le vio el cráneo en cita apresurada con la calvicie, los escasos cuatro cabellos aplastados hacia un lado en intento fallido por disimular la autopista. El sicoanalista era regordete y cuadrado y el traje le quedaba demasiado ajustado.

Julio Cuevas empezó por sentir mareo. Con el vértigo le llegó la repugnancia y buscó con los ojos de izquierda a derecha. Sintió necesidad de devolver pero hizo un esfuerzo por controlarse. El sicoanalista, viendo su ansiedad, se le acercó, y entonces Julio Cuevas supo que su lucha era inútil.

Para Julio Cuevas el desayuno era la comida más importante del día. Por eso, fue una mezcla espesa pero nutritiva la que derramó sobre la cabeza del sicoanalista, bajando luego por el traje demasiado ajustado. El sicoanalista entró en shock y Julio Cuevas salió corriendo del consultorio.

Ese día, al llegar a casa, tomó una decisión. Transformaría su hogar en oficina y trabajaría desde su computadora. Allí, con su PC, su Internet, su fax, su teléfono y su modem, se comunicaría con su compañía y el mundo. No más torpezas, no más descabros. Porque eran los *otros* los causantes de su ineptitud; *ellos* quienes lo descontrolaban y le quitaban coordinación. Y se dijo que, si eliminaba todo contacto social, acabaría con sus metidas de pata.

Y lo hizo. Empezó a trabajar desde su casa,

lo que no importó a sus jefes porque sus resultados continuaron siendo buenos y hasta excelentes. Julio Cuevas cortó toda relación personal y, cuando su novia lo llamaba, inventaba excusas para no verla. En efecto, al mes de su vida de ermitaño, se congratuló de no haber roto nada.

Sólo que, por más que lo negara, el gusanillo del deseo estaba allí: recordándole el cuerpo elástico, los senos de limones y el cabello autónomo. De modo que, echando a un lado sus aprehensiones, la llamó.

Pero esa noche no le quemó las pestañas ni le puyó un ojo. Esa noche fue el amante fluido que nunca había sido. Esa noche su novia tuvo setenta y siete orgasmos y, cuando se quedó dormida, no despertó sino hasta por la tarde. Al abrir los ojos, ya la guiaba hacia el primero del día.

Con su triunfo amoroso, Julio Cuevas se sintió realizado. Y tomó la decisión de salir. Durante su mes de ermitaño, había pedido sus pizzas y licor por teléfono. Era, pues, hora de probarse.

Y fue directo al supermercado. Tomó su carrito de manera natural y lo sintió rodar suavemente. El carrito tenía las ruedas rectas y Julio Cuevas saboreó este primer triunfo. Antes, infaliblemente, sus carritos tenían las ruedas torcidas y se iban de lado, golpeando mercancías y clientes.

Pero este carrito corría bien y Julio Cuevas se dio tiempo escogiendo entre la mercancía a nivel de

sus ojos. No tropezó con nada y tenía el carrito lleno, toda una hora de compras sin un solo percance. Pero faltaba la prueba final: la pirámide de latas en medio del pasillo.

Porque para él no valía eso de escoger una conserva del medio o de abajo, cuidando no desarreglar la pirámide. Eso era para los cobardes. Alguien que se respetara sólo podía escoger de arriba, y de arriba la primera, esa que brillaba en la cúspide, como estrella en árbol de Navidad.

Al llegar al pasillo la vio, su enemiga de siempre, esperándolo. Era una pirámide de sopas Campbell, unas trescientas latas en total, nítidamente dispuestas por quien tendría que ser el individuo mejor coordinado del mundo. Julio Cuevas caminó hasta la pirámide y observó cómo los clientes se acercaban y, con cuidado, escogían su lata. Cuidadosamente, los clientes tanteaban buscando no desarreglar, de modo que la lata ausente no afectara al conjunto.

Pero, parado frente a la pirámide, se dijo que esa solución no era para él. Él tenía que tomar la lata de arriba, la de la cumbre como estrella en árbol de Navidad. Esa era la única digna de medirse con él y por eso la buscaría, aunque arriesgara quedar sepultado bajo una tonelada de aluminio.

Parado allí, frente a la pirámide, se sintió como ante una ola gigante. Pero quien fuera que hubiera hecho este arreglo no debía ser más alto que

él, porque bastaba estirar el brazo para tocar la lata-estrella. La dificultad estaba en que no bastaba con tocarla, había que agarrarla y eso significaba pegarse, sentir el costillar de conservas contra sus propias costillas para, aguantando la respiración, asir.

Julio Cuevas puso entonces su carrito a un lado y se colocó cara a cara con la pirámide. Por un instante se sintió flaquear y le vino a la mente hacer como los demás: tomar una lata del medio e irse de allí a toda prisa. Porque, si hasta ahora todo le había salido bien, ¿para qué tentar al diablo? Pero él tenía que saber. Tenía que saber si seguía siendo el torpe de siempre, el descoordinado que sentía, un segundo previo a la catástrofe, la iluminación.

Estiró el brazo. Miró hacia arriba y observó cómo sus dedos tocaban la lata-estrella y cómo, alzándose tan-ti-to, cerraba la mano alrededor de ella. Julio Cuevas vio su brazo, vio cómo la camisa se salía del pantalón y vio, un segundo antes de que ocurriera, cómo cien latas le caían encima, como otras cien rodaban por el piso y otras cien lo invitaban a surfear sobre ellas.

Y lo hizo.

Julio Cuevas surfegó sobre las latas y fue feliz como un loco.

Exactamente como un loco.

